

NACIÓN CULTURAL Y NACIÓN POLÍTICA (La construcción romántica de la nación)

Eduardo Piazza¹

La identidad nacional es presentada como constructo imaginario, compuesto por relatos político-jurídicos e ideológicos por un lado, y por relatos culturales mítico-literarios por otro. Aunque en puridad puede resultar a veces difícil su disociación, la hipótesis de trabajo establece que el recorte de comunidades nacionales depende fundamentalmente del éxito del último tipo de relatos.

En el contexto del último cuarto de siglo pasado con la retracción y pérdida de centralidad de la institución política Estado, se hizo corriente el cuestionamiento del sentido de las identidades culturales e incluso socio-políticas, lo que podría especialmente afectar a las pequeñas naciones. De tales fenómenos y otros asociados creemos que depende la puesta en cuestión de los relatos fundacionales de identidad nacional, cuya importancia en términos de estrategia defensiva se pretende rescatar, al tiempo que se propone investigar en las razones que puedan dar cuenta de la continuidad de su éxito.

MITOS, IDEOLOGÍAS Y NACIONES

Los intelectuales nunca han logrado resolver satisfactoriamente su relación con el mito. En el mejor de los casos, lo han sustituido por ideologías de diversas clases, entre ellas especialmente las políticas. Los logros productivos de la razón ideológica parecen estar a la vista así como también sus fracasos, por lo que la crítica encuentra en tales logros y fracasos un campo inagotable. La razón mítica, aparentemente mucho más modesta, no parece constituir un objeto de mayor interés. Pero sus logros no han sido menores. Entre estos contaremos al pasar algunas naciones —o bien prácticamente todas—.

La formación ilustrada, y los valores que aquellos intelectuales absorben en el proceso de tal formación, los condiciona al rechazo a priori del *mythos*, así como a la despectiva

¹ Licenciado en Filosofía.

Prof. Adjunto del Instituto de Historia de las Ideas, Facultad Derecho

Prof. Asistente del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (C.E.I.U.), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Docente en régimen de Dedicación Total por la Universidad de la República, compartida entre los cargos mencionados.

negación de cualquier capacidad performativa que éste pueda poseer. O bien, y como contracara, a la militancia combativa en nombre del *logos* racionalista.

Alrededor del último cuarto del siglo pasado el estudio del mito parece haber tomado nuevo empuje y desarrollo en varias ciencias sociales, por lo que su tratamiento podría contar con alguna legitimidad académica, a condición de mantener el adecuado alejamiento con este objeto. Cierta percepción corriente admite la fuerza cohesionadora del *mythos*, ya sea en estadios culturales superados por la racionalidad occidental, sea en las comunidades que aún permanecen en tales estadios, si las hay. Por otra parte resulta innegable que los mitos juegan algún rol en la edad infantil, así como podría probablemente aceptarse que también lo hacen en las capas más atrasadas de los estratos subalternos en las sociedades modernas.

Pero por regla general entre las comunidades académicas —especialmente las dedicadas a las ciencias duras, en las que el sentido común ha depositado la iniciativa de fijación del *canon* no sólo de las ocupaciones socialmente prestigiosas sino también de las creencias respetables—, sondear el *mythos* en busca de sus señales presentes debe sonar tan poco productivo como sondear el espacio exterior en busca de señales de hipotéticas civilizaciones años luz pasadas.

Si en tanto integrantes de esta comunidad creemos estar a salvo de los efectos del mito, dada la inmensa distancia cultural que hemos puesto con él, en tanto participantes ordinarios de la *polis* en cambio, nos sorprendemos como ingenuos objetos, a nuestra vez, de la inagotable razón mítica, que nos compele una y otra vez a repetir y reproducir así, el habla y la actuación del *mythos*². Por supuesto, no negamos poseer también un papel activo; es decir que participamos activa, aunque inconscientemente, en la transformación del *mythos*; pues éste nunca está acabado de una vez por todas.

Entre la gran variedad de productos de la razón mítica nos interesamos especialmente por el *mythos* de fundación; aquel que nos constituye imaginariamente como nación. Tampoco las fundaciones están acabadas de una vez por todas, y así la nación pasa periódicamente por crisis refundacionales, condicionadas ya sea por causas endógenas, o bien exógenas, o bien aún por ambos tipos a la vez.

El renovado interés de las ciencias sociales por el mito podría representar la contracara de un fenómeno aparentemente en curso actual; a saber, la bien conocida mundialización cultural. En nuestra óptica —y por supuesto, la de muchos otros—, esta mundialización sería la superestructura ideológica correspondiente a la por etapa en curso actual de expansión del capitalismo, presentada como globalización económica.

Entre las condiciones socio-políticas simultáneas de la expansión del capitalismo central y del dominio consecuente de los mercados económicos subalternos, debe cumplirse la drástica reducción de la capacidad protectora y defensiva de los Estados nacionales (en lo que seguramente, los de pequeña escala sean aquellos que sufren esta reducción más rápidamente y con mayor profundidad). De la mano de esta resignación de funciones reguladoras

² En realidad la propia academia constituye un suborden dentro de la *polis*: el de la comunidad ilustrada. Pero, como toda comunidad —una pequeña *polis*—, ésta resulta también constantemente productora de sus propios mitos; en este caso, sobre el saber y sus detentadores.

internas, disminuyen también fuertemente la legitimidad y la centralidad cohesionadora institucional, y con ellas la de los grupos dirigentes.

Entre otras fuentes posibles de legitimación imaginaria, la superestructura estatal y estos grupos dirigentes se apoyan en los mitos fundacionales, los que si bien seguramente no resultan suficientes por sí mismos, son al menos necesarios a las funciones de dominación. Es cierto que el Estado —y las instituciones en general—, crea también sus propios relatos de legitimación. Pero en su calidad de instrumento de manipulación de la memoria y el imaginario colectivos, y en la medida en que logra mantener exitosamente su irrenunciable posición central en la producción del buen orden y la dominación del conjunto social, se apropia también del mito fundante y de su administración.

Como intentaremos mostrar sin embargo, el mito fundacional del Estado-nación presenta unidos en el origen dos componentes analíticamente dissociables, precisamente el estado y la nación; los que ocasionalmente pueden también mostrarse como dissociados a la percepción común.

Creemos haber transcurrido en los últimos años por una de estas ocasiones. En el marco de la renuncia del Estado a su centralidad —voluntaria o impuesta, tanto da ahora—, y la consecuente pérdida de legitimidad de los grupos dirigentes tradicionales, la mítica identidad original pudo percibirse como fracturada. La nación, vuelta otra vez productora, al menos potencial, de sus propios sueños y su historia, recupera su capacidad mitopoiética. Con ella, también el mito recupera su libertad.

La modernidad ilustrada pareció sustituir definitivamente el mito por las cosmovisiones ideológicas, las que elevadas a sistematización y coherencia, expresarían el nivel más alto alcanzado por la cultura mundial. El siglo XX asistió a varios experimentos, que podríamos considerar ilustrado-racionalistas, de Estados supranacionales ideológicos. Pero esas experiencias colapsaron hacia el final del mismo siglo, dejando paso nuevamente a la irrupción de las naciones³.

Sin duda estos fenómenos representaron nuevos desafíos para las ciencias sociales. Los modelos de análisis que permanecen demasiado atados a aquellas mismas ideologías se muestran insuficientes ante estos desafíos. El positivismo evolucionista del siglo XIX parece ya más un cuento infantil que una teoría científica. Tomemos por ejemplo la hipótesis o ley comtiana de los tres estados según la cual la humanidad habría progresado recorriendo estadios sucesivos en su evolución espiritual (mítico-animista, metafísico, racional), cada uno de los cuales superaría definitivamente al anterior. Saltando más de cien años —apenas un cambio de sala en el museo de las teorías científicas, aunque ahora pasamos a una todavía abierta—, encontramos una sugerente interpretación de estos problemas, planteada desde el estructuralismo⁴: las ideologías políticas habrían sustituido en las sociedades modernas al *mythos* dominante en las pre-modernas, quedando habilitada por esta sustitución la ocurrencia de historia. Las sociedades pre-modernas cohesionadas por el *mythos* mantendrían su identidad

³ Nos referimos aquí a los casos de las ex Unión Soviética y Yugoslavia. Otros pseudo Estados-nación occidentales (caso de España, o aún de Inglaterra, etc.), son no menos resultado de creaciones políticas que los anteriores, aunque aparentemente más exitosos.

⁴ En este caso por el antropólogo Claude Lévy-Strauss.

sólo al costo de caer en la entropía histórica y el enfriamiento gradual, hasta su eventual desaparición. Por el contrario, la producción creciente de historia en las sociedades occidentales modernas se explicaría por la dinámica de calentamiento social provista por las ideologías políticas; superestructuras de organizaciones sociales fluidas, sujetas por esta misma fluidez a potenciales crisis culturales e identitarias más o menos continuas.

Por nuestra parte sostendremos que simplemente no existen sociedades sin mitos, implicación que puede conducir hacia caminos ambiguos. Ya hemos dicho que toda *polis* resulta una continua y espontánea fuente productora de mitos. Pero aquí sostenemos también que el *mythos* es necesario para la “producción” de una sociedad cualquiera; o, en los términos de este trabajo, de una nación. Así como las naciones proveen un sustento imaginario a la superestructura Estado, creemos que los mitos de fundación constituyen la base sobre la que se asienta la identidad imaginaria nación.

El sueño de las ideologías políticas universalistas pretendía terminar con las naciones, interpretándolas como obstáculos interpuestos a la realización de la humanidad; molestas resistencias a disolver por la mediación de la historia. Pero el mundo resultante de tal disolución sería uno tal vez vacío de sentido. Por otro lado, las tendencias dominantes del presente panorama ideológico del mundo –aludimos por supuesto al neoliberalismo económico y político, superestructura de la expansión globalizante del capitalismo central– apuestan a un conveniente congelamiento de la historia, de cuyo desarrollo progresivo creen llegado el final. Pero proyectan a contraluz la imagen de un futuro exactamente inverso al que ideológicamente deducen. Su apuesta no ha logrado impedir el eterno retorno de lo mismo, a saber, el *mythos* de las naciones. El calentamiento de la historia corre ahora por cuenta del mito; que, en realidad, nunca retorna idéntico, por lo que la mito-praxis –la práctica resultante de la razón mítica– nunca es del todo narcisista, aunque así lo parezca en primera instancia.

Para desesperación de los creyentes de las ideologías –en general, también creyentes acérrimos del racionalismo–, el conocimiento del hecho que somos objetos del *mythos* no nos vuelve inmunes a él; así como el perfecto conocimiento de la desgraciada peripecia de Edipo no salvará a la especie humana de repetirla compulsivamente. Y, como puede percibirse, esta repetición (nos referimos ahora al mito de las naciones) se manifiesta, si así se lo requiere, también convulsivamente.

CONSTRUCCIONES POLÍTICAS Y CULTURALES

Eric Hobsbawm, uno de los autores más recorridos entre los que se han ocupado del tema, encuentra que la definición del concepto nación está plena de dificultades⁵. Señala criterios objetivos (raza, lengua, territorio, etc.), y subjetivos (conciencia de pertenencia, voluntad de unión, etc.), y termina rechazando todos por considerarlos engañosos. El agnosticismo sería el único punto de partida para el investigador, aunque también, agregamos nosotros, nos parece el único punto de llegada posible para toda tradición universalista, cuando no se acude a la negación lisa y llana.

⁵ En: *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Ed. Crítica, Barcelona, 2000.

Entre los ejemplos más transparentes de construcciones políticas exógenas Hobsbawm analiza la concepción liberal de nación, que recorre las ciencias sociales, y especialmente la *Realpolitik* europea, desde el siglo XIX hasta mediados del XX. Esta concepción ata el reconocimiento de una nación a su viabilidad, expresada por el criterio de “umbral”, y medido por factores como número de población, extensión territorial y recursos. Por debajo de tal umbral carecería de sentido reconocer naciones y estados independientes. Hasta después de la segunda gran guerra y el comienzo de la era de la descolonización las tendencias académicas y políticas dominantes asumieron como actores válidos únicamente a los estados fuertes, y asimismo se consideraron justificados sus impulsos expansivos. La anexión de naciones pequeñas (o mejor, de territorios pequeños, dado que se trata de desconocer el carácter de nación) a otras más grandes sólo podría reportar beneficios a las primeras. Su desaparición y la de los particularismos culturales sería el módico precio de la evolución histórica y el progreso de la humanidad.

Pasemos al caso del estado moderno típico, surgido hacia fines del siglo XVIII según consenso académico amplio. Sus características mostrarían también las propias de la construcción política de la nación, o construcción de ésta por el mismo estado, en la que el calificativo que designa la nacionalidad resulta un adjetivo intercambiable por cualquier otro. La nación política resultaría suficientemente definida y delimitada por un estado que: a) gobierna y controla en forma directa un cierto territorio y la totalidad de los habitantes asentados en él; b) que ejerce tal control por la imposición en ese territorio y sobre esos habitantes de un sistema legal y un orden civil apoyados en los aparatos jurídico, administrativo y burocrático; c) que posee el monopolio de la recaudación, y d) todo ello asentado en el monopolio de la fuerza. Otros contenidos sustantivos de carácter cultural, tales como religión, ideología, etc., habrían sido en principio dejados al ámbito de lo privado y desde entonces no se aspiraría a su imposición.

En realidad el fundamento teórico para este tipo de construcción política fue avanzado ya por el iusnaturalismo moderno, escuela o corriente de pensamiento que aparece aproximadamente a inicios del siglo XVII. Bajo la forma discursiva de la filosofía política, o incluso de la teoría político-jurídica, el iusnaturalismo elaboró el relato moderno por el que se crean nuevas identidades subjetivas y colectivas: individuos racionales, concientes, autónomos y autointeresados, decidirían voluntariamente abandonar un supuesto «estado de naturaleza» e integrarse en una comunidad política, para mejor cumplir en ella (y por medio de ella) sus fines individuales. Este es en trazos gruesos el relato de John Locke, que lo acredita también como fundador del liberalismo. Con leves variantes, Rousseau habría construido el relato de identidad republicana, agregando al antecedente liberal el carácter ético del colectivo, orientado y asegurado por la misteriosa entidad “voluntad general”. Caso particularmente interesante para nuestro punto de vista es el que constituye Hobbes, quien trata de fundar al gran sujeto político moderno —el Estado— sobre la absoluta racionalidad, modelando y sometiendo a los pequeños individuos-súbditos, quienes acceden a esto por decisión voluntaria y en su propio beneficio. Ello implicará la imposición de un único sentido —por supuesto convencional, pues depende enteramente de la voluntad del poder soberano—, por sobre los múltiples relatos religiosos que habrían conducido a la anarquía política, vía la anarquía de significaciones, seduciendo con palabras, al modo de los poetas, la limitada racionalidad individual. Tales relatos poéticos —en cuanto no racionales— habrían sido los verdaderos enemigos de la

identidad política y del orden social estable; replanteando Hobbes en esto, prácticamente al pie de la letra, el problema expuesto por Platón en **La República**, y con ello también, en cierto modo, la disputa por la *paideia* moderna.

Los relatos del racionalismo moderno son fundantes en muchos sentidos, pues el mundo se piensa de nuevo en su totalidad. En particular el iusnaturalismo racionalista se ocupó de repensar el mundo humano. Entre otros espléndidos resultados le debemos una nueva fundamentación de la organización política, y muy en especial del poder político, y de los criterios para decidir sobre su legitimidad.

Pero en una segunda instancia, tal vez no manifiesta para sus autores, ellos serán también fundantes de ideologías. Aunque la teoría apuesta conscientemente a apoyar el edificio de la organización humana en la ascéptica razón, se comprobará que también ésta puede encontrar varias piedras filosóficas; es decir, varios principios igualmente indubitables aunque finalmente competitivos entre sí.

De lo que no se podrá dudar en cualquier caso, será del éxito teórico obtenido por el constructivismo político desarrollado por los iusnaturalistas. En lo que nos interesa, el elemento decisivo y condicionante del surgimiento de una nación será el previo surgimiento de un Estado, allí donde ninguna institución existía con anterioridad. Locke es quien presenta con mayor claridad el punto: un primer acuerdo o pacto de unión entre los individuos libres e independientes entre sí funda una comunidad; pero sólo un segundo pacto, ahora de sujeción a las instituciones creadas en ese momento, fundará el verdadero estado político. Y si en el primer acuerdo nos encontramos frente a un nuevo pueblo o comunidad, sólo el segundo acuerdo que da origen al Estado, habilitará el progreso histórico con la aparición de una nación civilizada⁶. El Estado será entonces condición de posibilidad de toda eventual nación, de la civilización y del progreso humano, emergentes desde la barbarie ahistórica del estado de naturaleza.

La única diferencia relevante entre los individuos del mundo reside en la situación que ocupan respecto de un patrón de medida política de sólo dos posibilidades: o bien una situación de total independencia en el estado de naturaleza, o una de conveniente sujeción civilizada bajo el estado político. Todo otro dato resulta por completo irrelevante, y estos individuos de cualquier lugar del mundo son intercambiables sin que esto suponga modificación alguna en la teoría. Las entidades colectivas surgen de acuerdos racionales y voluntarios, y están vacías de contenidos diferenciales. Seguro que esta construcción política teórica se apoya en un *mythos* propio, el del contrato social. Pero este mito de origen, de formato político-jurídico, es tan vacío como las entidades colectivas que en él se fundan.

Entre los siglos XVIII y XIX aquellas construcciones de la filosofía política moderna entran en crisis, reponiendo problemas que la modernidad creía definitivamente saldados en su relato ilustrado-racionalista de la historia. Literatura y poesía reclamaron otra vez la hegemonía constructiva, pretendiendo recuperar –paradójicamente– una historia (o bien historias particulares) que la filosofía política había negado, o sustituido, por una invención racional y

⁶ Para nuestro punto de vista, la sola existencia de este pueblo o comunidad será el dato decisivo para distinguir una nación. Claro que el mero acuerdo, o primer paso del contrato social en la versión de Locke, nos resultaría insuficiente, pues faltan allí los rasgos constituyentes de la cultura. Inversamente, la condición fundamental exigida por Locke, a saber, el Estado o conjunto de instituciones políticas en las que éste se materializa, la entenderemos innecesaria, al menos en principio.

abstracta. En el tiempo que la historiografía actual reconoce como del surgimiento de las naciones y las nacionalidades, el movimiento romántico, en reacción contra la ilustración racionalista, descubre-desvela las historias que se pretendían negadas; reconstruyendo, o bien creando directamente, las identidades particulares, a la par que dotándolas de relatos míticos y símbolos expresivos de tradición.

Pero sin duda, no estamos ante un mero juego discursivo. Los vaivenes de esta aparente competencia entre campos y posicionamientos intelectuales—algunos seguramente orgánicos y otros no—, están unidos a fenómenos sociales y políticos que los contextualizan. Los relatos del racionalismo filosófico-político se corresponden con la conformación de los modernos Estados, que desde un trasfondo medieval de fragmentación y pluri-locación del poder, tienden a la unificación territorial y centralización del poder administrativo y militar, bajo la forma política de las monarquías absolutas, pero muy lejos del actual Estado-nación, y aún en contraposición con él. Las alianzas políticas y de sangre de las casas reales permitían a una reducida élite repartirse el gobierno del continente europeo, dividido en vastos territorios ocupados por poblaciones de lenguas y tradiciones culturales diversas, y a veces desconocidas entre sí, pero sometidas al imperio de un único monarca. Aquellos relatos proporcionaron la explicación y también la justificación del proceso de unificación y centralización del poder estatal; aunque pronto (hacia fines del siglo XVII) mostraron su capacidad de socavamiento de la forma autocrática del ejercicio del poder, “demostrando” la necesidad de un nuevo tipo de legitimidad.

De la desintegración progresiva de los Estados imperial-dinásticos de la primera modernidad, habría surgido finalmente la actual forma del Estado-nación, comenzando hacia fines del siglo XVIII. Así como las monarquías dinásticas habían creado sus relatos de legitimación, las nuevas naciones—cuya base territorial era mucho más reducida—debían crear los propios. Podemos entonces entender de otro modo el surgimiento de tradiciones culturales que, sin importar su antigüedad real, se presentaban invariablemente como intemporales. Las casas monárquicas intentaron reinventar sus relatos para presentarse como “nacionales”. Pero el Estado-nación se encaminaba a convertirse en el nuevo sujeto político de la historia mundial; sustituyendo al anterior sujeto (el monarca y su antiquísimo linaje, igualmente intemporal pues remontaba al principio de los tiempos).

Este sería el contexto en el cual el movimiento romántico produjo el nuevo relato cultural de la identidad nacional, inicialmente en contraposición con el racionalismo universalista que fundamentaba el relato puramente político. La aparición del término nación, en el discurso político de la revolución francesa, y/o en el discurso literario lingüístico-cultural del romanticismo alemán, sigue un derrotero de alternativa y confrontación que no podemos desarrollar aquí.

Asumimos entonces que en tanto construcción meramente política, la categoría nación será insuficiente a explicarse; o, lo que es lo mismo, insuficiente para explicar su particularidad. Asumiremos también, en segundo lugar, la hipótesis de trabajo de Anderson según la cual la comunidad nacional es comunidad imaginaria, y que el vínculo que une a sus miembros es construido culturalmente⁷. Finalmente sostendremos que tal vínculo lo constituirían los relatos o mitos de origen e identidad cultural.

⁷ Anderson, Benedict: *Comunidades imaginadas*. Fundación de Cultura Económica, México, 1993.

Incluso el trabajo de Hobsbawm fuertemente inclinado a la hipótesis que el nacionalismo no crea estados, sino que el estado crea la nación (fundamentalmente por la vía del aparato educativo, y prácticas simbólicas que no excluyen la invención de tradiciones y la manipulación del pasado histórico), admite que podría ser un error asumir que el sentimiento de pertenencia e identidad nacional sea un puro resultado de una ingeniería ideológica consciente y deliberada. La generación de lealtades se habría edificado sobre sentimientos de algún modo pre-existentes.

Por otra parte sostenemos que poseer una historia, o más precisamente un relato de origen e identidad en el cual reconocerse, es un requisito de pervivencia. Como se ha señalado repetidamente, no poseerlo o bien perderlo, constituye un permiso para que otro lo escriba. Queda entonces a la investigación el intento de precisar en qué consisten estos mitos de origen y cuáles son sus contenidos propios y diferenciales.